



Artículos

Algunos apuntes en torno al “Acuerdo del Siglo” de Trump

Kevin Ary Levin

Introducción

La llegada a la Casa Blanca de Donald Trump en enero de 2017 representó en algunos sentidos específicos un alejamiento de la política tradicional estadounidense hacia palestinos e israelíes. Aunque existió continuidad en el apoyo político y económico hacia Israel, el nuevo gobierno estadounidense abandonó la oposición a la expansión de asentamientos judíos en Cisjordania (prominentes durante los mandatos de Barack Obama) y, en septiembre de 2018, expresó que estaba abierto a pensar alternativas a una solución basada en la fórmula de “Dos Estados” para israelíes y palestinos, incluyendo un Estado único entre el río Jordán y el mar Mediterráneo¹. Las medidas más relevantes que marcaron un contraste con gestiones anteriores fueron el reconocimiento a reclamos israelíes de soberanía de territorios ocupados en 1967, como el reconocimiento de Jerusalén Oriental como parte de Israel en diciembre de 2017² y el reconocimiento de la soberanía israelí sobre los Altos del Golán en marzo de 2019³. Estas representaron un alejamiento de formulaciones estadounidenses de política sobre israelíes y palestinos, incluyendo los “Parámetros Clinton” (2000), la “Hoja de ruta hacia

¹ <https://www.reuters.com/article/us-usa-israel-trump/trump-open-to-one-state-solution-to-israeli-palestinian-conflict-idUSKCN1M634J>

² <https://www.nytimes.com/2017/12/06/world/middleeast/trump-jerusalem-israel-capital.html>

³ <https://www.npr.org/2019/03/25/706588932/trump-formally-recognizes-israeli-sovereignty-over-golan-heights>

la paz” de George W. Bush (2002) y los “Seis Principios” del Secretario de Estado John Kerry (2016).

El más reciente giro en la posición pública de Estados Unidos frente al conflicto llegó en enero de 2020, cuando Trump reveló el largamente anticipado “Plan del Siglo”, una propuesta para resolver el conflicto centenario entre israelíes y palestinos oficialmente titulada “Paz para la prosperidad: una visión para mejorar la vida del pueblo palestino e israelí” (en inglés: *Peace to Prosperity: A Vision to Improve the Lives of the Palestinian and Israeli People*). El documento de la propuesta relata, a lo largo de sus 85 páginas (181 con el anexo económico), un conjunto de fórmulas y aparentes soluciones para resolver diferentes elementos dentro del conflicto palestino-israelí, como la cuestión de los refugiados palestinos, el trazado de fronteras y las preocupaciones de seguridad, entre otras. Esta propuesta fue recibida con entusiasmo por el premier israelí Benjamin Netanyahu aunque criticada por dirigentes políticos israelíes de diferentes partes del espectro político, así como por la totalidad de las fuerzas políticas palestinas. Este apoyo tiene sentido desde un punto de vista histórico, en tanto el plan permite satisfacer parcialmente los objetivos de un grupo minoritario pero crecientemente ideológico en la sociedad israelí y, de forma simultánea, encontrar respuesta a un desafío político al que se enfrenta el liderazgo israelí hace décadas: cómo permitir a los palestinos “gobernarse a sí mismos” y, al mismo tiempo, no disminuir el control israelí sobre territorio y personas que lo habitan, mediante autonomía o formas disminuidas de soberanía.

En este artículo, se realizará un esfuerzo por delinear los principales puntos de la propuesta y su relevancia en el contexto más amplio de la historia del conflicto palestino-israelí. A partir de este análisis, será posible analizar la reacción tanto de apoyo como de oposición al plan al interior de las sociedades israelí y palestina y, desde esa mirada, su relación con la potencial toma de decisiones de forma unilateral por parte de Israel con respecto al status definitivo de los territorios ocupados.

Aspectos generales del plan

La propuesta básica delineada en el plan aparece definida como una “solución realista de Dos Estados”, otorgándole a los palestinos “todo el poder para gobernarse a sí mismos pero sin poder para amenazar a Israel” (Casa Blanca, 2020, p. 3). A tal fin, el Estado palestino a crearse (en un plazo no menor a cuatro años luego de la aprobación del plan) vería su soberanía fuertemente restringida, dejando el control de las fronteras, defensa, espacio aéreo y espectro electromagnético, entre otros aspectos, al Estado de Israel. El plan también establece limitaciones a la política exterior del Estado palestino: por ejemplo, el Estado propuesto requeriría de consentimiento israelí para integrar organizaciones internacionales o firmar acuerdos defensivos y de inteligencia. Otras condiciones que el plan impone al liderazgo palestino incluyen el desarme de Hamas y otros grupos armados, reformas educativas, abandonar toda acción judicial a nivel internacional contra Israel y Estados Unidos y abandonar el pago a familias de personas condenadas por Israel de terrorismo. Finalmente, el plan establece que los palestinos deberían renunciar a sus reclamos sobre el derecho de retorno de refugiados y sobre cualquier

parte de Jerusalén, pudiendo declarar su capital en “áreas al este y al norte de la barrera de seguridad existente, incluyendo Kafr Aqab, la parte oriental de Shuafat y Abu Dis”. Esta capital cercana a Jerusalén “puede llamarse Al Quds [el nombre árabe de Jerusalén] u otro nombre determinado por el Estado de Palestina” (*ibid.*, p. 17).

Con respecto a la soberanía sobre Cisjordania, el plan establece una serie de propuestas, mayoritariamente vistas como producto del fuerte respaldo estadounidense a la posición israelí. Así, por ejemplo, permite a Israel anexar la gran mayoría de los asentamientos judíos en Cisjordania, compensando al Estado palestino a través de intercambio territorial con áreas ubicadas dentro del territorio israelí anterior a la guerra de 1967 (aunque el plan aclara que no sería necesariamente una superficie equivalente). Israel anexaría también el Valle del Jordán, ubicado en la ribera occidental del río Jordán, por considerar esta zona “crítica para la seguridad nacional de Israel” (*ibid.*, p. 13). El resto de la población judía que vive en la actualidad en los pocos asentamientos que no serían anexados a Israel tendría el derecho a quedarse donde están y ser regidos de acuerdo a la ley israelí.

A cambio de estas concesiones, los palestinos recibirían, principalmente, un Estado (aunque uno con las características restringidas delineadas anteriormente) sobre la franja de Gaza y aproximadamente el 70% de Cisjordania, además de territorio - probablemente ubicado en el desierto del Neguev - como resultado de la redefinición de fronteras que no se rijan por las líneas anteriores a la guerra de 1967. Cabe destacar que el territorio de ese Estado no tendría continuidad territorial real debido a la anexión israelí de asentamientos y los caminos que los conectan, generando un mapa con forma de archipiélago. El plan también abre la posibilidad de que el Estado palestino incorpore hasta 11 localidades actualmente dentro del territorio israelí, habitadas por más de 250.000 ciudadanos israelíes que forman parte de la minoría árabe del Estado de Israel. Una parte significativa de la propuesta explica los planes económicos para este Estado palestino, en términos similares al plan de desarrollo económico anunciado por Jared Kushner en junio de 2019 en la cumbre de Bahrein⁴. En este sentido, se proyecta un fondo de inversiones de 50 mil millones de dólares para desarrollo de infraestructura y emprendimientos en la región, originando los fondos principalmente de las potencias económicas regionales e inversores privados. Para llevar a cabo esta visión, el Estado palestino tendría que incorporar también reformas económicas e impositivas dirigidas a proteger los derechos de propiedad, eliminar barreras comerciales y “permitir el crecimiento” (*ibid.*, p. 19). El resultado sería la reducción considerable de la pobreza, el desempleo y otros indicadores negativos para los palestinos. En otras palabras, el incentivo para las las concesiones políticas de los palestinos toma la forma de soberanía limitada y desarrollo económico en términos específicos delineados por el plan. Por todo esto, en términos generales, el plan (que fue realizado sin consultas al liderazgo palestino,

⁴ https://www.huffpost.com/entry/middle-east-peace-israel-kushner-palestine_n_5d0ea1b0e4b0a39418637195

que se rehusó a colaborar bajo las condiciones ofrecidas) es visto como ventajoso para el gobierno israelí y poco beneficioso para los planteos palestinos.

Estado vs autonomía palestina

Si bien el plan llama de forma reiterada a la entidad a crearse “Estado de Palestina”, algunos críticos del plan plantearon dudas sobre la naturaleza de la entidad política a crearse. En efecto, la particularidad del arreglo demográfico propuesto (específicamente, la posibilidad de mantener en su lugar a una parte minoritaria de la población de colonos en el territorio designado para soberanía palestina) en conjunto con las restricciones a la soberanía de lo que el acuerdo llama Estado palestino y la configuración territorial delineada de enclaves palestinos interrumpidos por territorios soberanos israelíes permiten dudar de si es correcta la denominación de “Estado de Palestina” utilizada por el acuerdo. La Convención de Montevideo, que codifica elementos del derecho internacional consuetudinario, indica que un Estado tiene por definición la capacidad de entablar relaciones diplomáticas con otros Estados, hecho que se vería impedido para los palestinos por la necesidad de obtener consentimiento israelí a la hora de sellar acuerdos (Bar’el, 2020). El plan parece incorporar estas visiones críticas a las limitaciones a la soberanía, cuando afirma que “la soberanía es un concepto amorfo que ha evolucionado con el tiempo [...] La noción de que la soberanía es un término estático y definido de forma consistente ha sido un obstáculo innecesario en negociaciones pasadas. Las preocupaciones pragmáticas y operativas que producen seguridad y prosperidad son lo más importante” (Casa Blanca, 2020, p. 9). Desde esta mirada putativamente pragmática, la propuesta ofrece a los palestinos lo que sus autores parecen percibir como una forma realista de autodeterminación que sea vista como poco amenazante desde la perspectiva del gobierno israelí: en base a compromisos anteriores, esta debe necesariamente aparecer mencionada como un Estado aunque es algo inferior a él.

La propuesta formulada por la Casa Blanca menciona como antecedente el proceso de paz de Oslo, particularmente la voluntad del entonces primer ministro Itzjak Rabin de propiciar un acuerdo de paz otorgándoles a los palestinos una entidad de autogobierno menor a un Estado. Este es una corrección importante a la visión histórica que nutre la crítica a la propuesta por parte de la izquierda israelí y parte del liderazgo palestino: aunque a menudo se afirma que los acuerdos de Oslo en la década de 1990 establecieron las bases para una solución basada en la cooperación para llegar a una situación de dos Estados (solución que esta propuesta, presentada luego de la colaboración exclusivamente con la parte israelí, parece alejar), en los acuerdos de Oslo la decisión real sobre el status final fue dejado para una etapa posterior de las negociaciones, generando en la práctica simplemente autonomía sobre parte de los territorios ocupados por Israel en 1967 (Kelman, 2007).

En ese sentido, las raíces programáticas de la propuesta de Trump basado en anexión parcial israelí y autonomía palestina sobre el resto del territorio no resultan en realidad tan novedosas, permitiéndonos verla como una reformulación de propuestas viejas que se remontan, por un lado, a fines de la década de 1970, cuando Menajem Beguin

propuso una combinación de autonomía palestina y anexión israelí con el objetivo de no tener que ceder territorios estratégicos y no precisar firmar acuerdos de paz (Adelman, 2015). Esta idea de autonomía quedó consagrada dentro de la primera parte de los Acuerdos de Camp David entre Israel y Egipto aunque, ante la oposición del liderazgo palestino (excluido de las negociaciones entre Jerusalén y El Cairo) y del resto del mundo árabe, no se avanzó en pasos concretos hacia su realización (Ansizka, 2017). Otra fuente ideológica del mapa trazado en el acuerdo puede remontarse a las postrimerías de la guerra de 1967, cuando el entonces Ministro de Trabajo israelí, Igal Alón, propuso anexionar el valle del Jordán y partes relativamente despobladas de Cisjordania con el fin de maximizar el territorio y minimizar la cantidad de población palestina a incorporar al Estado judío y, en consecuencia, preservar su carácter demográfico (el llamado “plan Alón”). Es desde esta misma lógica de mantener la mayoría judía en el territorio administrado por Israel que se puede pensar la posibilidad presentada en la propuesta del gobierno estadounidense de ceder a la entidad palestina por crearse la zona llamada “el triángulo”, compuesta por localidades de población árabe cercanas a la Línea Verde (incluyendo Umm al-Fahm, Tira, Baqa al-Gharbie y más). El mismo concepto de autonomía limitada para evitar soberanía completa dominó la decisión de Ariel Sharon de organizar la retirada israelí de Gaza en el año 2005, cuando se determinó que era necesario finalizar la ocupación de la franja para mantener la presencia en Cisjordania (Shavit, 2006).

En la misma sección donde el plan discute su definición de autodeterminación y Estado, se plantea también una declaración de principios: “La paz no debe exigir el desarraigo de personas - árabes o judías - de sus hogares. Tal noción, que puede llevar a agitación civil, es contraria a la idea de coexistencia”. De esta forma, se establece la necesidad de mantener los asentamientos judíos en su lugar.

El camino a la anexión

Uno de los aspectos más importantes y que ha generado mayor repercusión en la prensa internacional y en intervenciones de dirigentes de ambos lados es la posibilidad de que Israel avance con la anexión de parte de Cisjordania en base a la formulación del plan.

Desde 1967, existe un debate intenso al interior de la sociedad israelí con respecto al destino de los territorios ocupados en la llamada “Guerra de los Seis Días”. Como indica Reuven Hazan (1999), la división entre los partidarios de diferentes respuestas a esta pregunta (a grandes rasgos, entre quienes los ven como tierras a entregar a cambio de paz y quienes apoyan la continuidad israelí sobre los mismos por consideraciones estratégicas o ideológicas) se ha constituido en el principal clivaje al interior de la sociedad judía israelí.

Los notables avances territoriales tras la guerra, sumados a la derrota de los países enemigos y la relativa debilidad de los palestinos que vivían en esos territorios, dio lugar a cambios ideológicos significativos al interior de Israel. En palabras de Avner Yaniv, en

1967 se “salvó del olvido a los fantasmas gemelos del maximalismo judío y del particularismo palestino” (1990, p. 105). En el contexto de la sociedad israelí, la guerra abrió una discusión renovada y hasta el día de hoy no saldada sobre las fronteras definitivas del Estado de Israel, como así también sobre las características del Estado que había sido creado 19 años antes. Desde 1967, la casi totalidad de gobiernos israelíes permitieron o hasta propiciaron la fundación y expansión de asentamientos judíos en Cisjordania, con el fin de sentar hechos sobre el terreno que condicionaran una resolución definitiva al conflicto con los palestinos que incluyera fronteras israelíes expandidas.

A partir de la expansión de los asentamientos a lo largo del mapa de Cisjordania, muchos israelíes se mudaron a estas localidades disputadas por el derecho internacional por los incentivos económicos ofrecidos por el gobierno o por la posibilidad de vivir cerca de los principales centros demográficos y económicos por un costo de vida mucho menor o calidad de vida superior. Desde la perspectiva del gobierno, esto ha menudo implicó una oportunidad de desarrollo urbano, fortalecer la postura israelí ante eventuales negociaciones o una posibilidad de ganar profundidad territorial estratégica, alejando las fronteras hostiles de los grandes centros urbanos del país. Sin embargo, una élite ideológica altamente organizada que lidera el movimiento de los colonos ve desde 1967 la presencia y gradual poblamiento del territorio como la realización de su visión particularmente mesiánica del sionismo (Gorenberg, 2006). Para los partidarios de esta visión, la guerra de 1967 reabrió oportunidades de una “militancia colonizadora” que se hacía eco del lenguaje de activismo sionista antes de 1948, con la diferencia clave de que esta vez ya existía un Estado que pudiera respaldar estos emprendimientos colonizadores. En otras palabras, era una oportunidad de “corregir” los problemas fronterizos y recuperar lo que Israel no había conseguido obtener en la guerra de 1948 y que, desde su mirada, le correspondía al pueblo judío (Sandler, 1993). Dentro de la concepción religiosa y ultranacionalista de la tierra del movimiento de los colonos, la anexión ha sido un objetivo desde la guerra de 1967 y los primeros asentamientos. Sin embargo, este nuevo proyecto de paz presenta un dilema especialmente agudo: si el costo de la anexión es la creación de un Estado palestino (más allá de las limitaciones a la soberanía ya descritas arriba), algunos colonos prefieren esperar hasta la aparición de una oferta más favorable que no requiera renunciar de forma definitiva a territorio de Judea y Samaria (los nombres de las dos regiones bíblicas que a grandes rasgos coinciden hoy con Cisjordania). En este sentido, podemos entender la respuesta de Naftali Bennet, líder del partido *Yamina* y referente político de un sector importante de los colonos. En reacción al plan elaborado por Trump y Kushner, Bennet declaró que Israel tenía una oportunidad histórica y la responsabilidad de extender su soberanía sobre parte de Cisjordania, aunque rechazaba cualquier acto que pudiera llevar a la creación de un Estado palestino o a una renuncia territorial por parte de Israel⁵. Yishai Fleisher, el vocero de los colonos

⁵ <https://www.timesofisrael.com/bennett-conditions-support-for-trump-peace-plan-on-immediate-annexation/>

judíos de Hebron, publicó críticas en sintonía a las de Bennet en el medio estadounidense *Newsweek*, agregando que el mapa formulado por el plan pondría en peligro a la población de los asentamientos judíos y que la Autoridad Palestina no es una socia legítima para Israel en la búsqueda de la paz⁶.

Desde los campos de la izquierda y el centro de la política israelí, el plan es criticado, principalmente, por su efecto perjudicial sobre los vínculos de cooperación existentes entre Israel y la Autoridad Nacional Palestina desde los Acuerdos de Oslo. Con extensos detalles, la organización *Comandantes por la seguridad de Israel* (conformada por exponentes del establishment militar y de inteligencia israelí) publicó un documento detallado delineando potenciales ramificaciones negativas de una anexión unilateral: entre otras consecuencias, se habla del posible cese de operaciones de la Autoridad Palestina, una oleada de violencia similar a las pasadas *intifadas*, condena y aislamiento internacional por la toma de una decisión contraria al derecho internacional y la necesidad de retorno a una forma de control directo sobre la vida de los palestinos por parte de Israel, similar al período entre 1967 y 1993. El documento habla también de posibles costos económicos de la anexión, los cuales ascenderían en el escenario más pesimista a 21,5 miles de millones de dólares (correspondientes a la respuesta a una revuelta popular de años de duración, la construcción de una nueva cerca de seguridad, la imposición de una administración militar y pérdida de inversión extranjera en Israel) (Commanders for Israel's Security, 2020).

Considerando, además, la tradicional preocupación israelí por la supremacía demográfica judía por sobre la presencia árabe, no debe sorprender que uno de los puntos de discusión dentro del plan tiene que ver con la posibilidad de extender soberanía israelí a palestinos residentes en el área a anexar. De acuerdo a la zona dentro del área C que Israel anexaría, se podría incorporar entre 60.000 y 180.000 nuevos palestinos a territorio declarado bajo soberanía israelí. Sin embargo, a fines de mayo Netanyahu ya advirtió que no tiene intenciones de dar ciudadanía israelí a palestinos⁷.

Al interior de la sociedad palestina, el plan encontró oposición de parte de la totalidad del espectro político, por considerar que los palestinos recibirían algo por debajo de cualquier mínimo legítimo, en pleno contraste con los reconocimientos unívocos por parte de Washington a los reclamos israelíes en cuestiones como el derecho al retorno de refugiados y la ciudad de Jerusalén. Existen matices, por otro lado, en cómo se formuló esta crítica: mientras que para sectores partidarios de la solución diplomática y la fórmula de Dos Estados, como Fatah, la respuesta necesaria es el regreso inmediato a las negociaciones en cumplimiento de lo estipulado en los Acuerdos de Oslo, para grupos como Hamas o la Jihad Islámica Palestina, el plan (considerado uno más en una larga

⁶ <https://www.newsweek.com/trump-better-two-state-solution-opinion-1509517>

⁷ <https://www.middleeasteye.net/news/netanyahu-palestinians-jordan-valley-annexation-israeli-citizenship>

serie de atropellos al pueblo palestino) se constituye en evidencia de que la opción dialoguista adoptada hace décadas por Fatah y la OLP (y que está hoy representada por la actitud cautelosa de Mahmud Abbas) no sólo no ha producido resultados concretos en términos de libertad y soberanía política, sino que ha abierto la puerta a renunciias insostenibles de los derechos legítimos del pueblo palestino. En base a esta realidad, aunque la negativa inmediata al plan fue realizada de forma conjunta, es lógico suponer que la reacción ante cualquier medida de anexión u otro paso unilateral realizado por parte de Israel sea tomada en cierto punto de forma particular por cada grupo político, en tanto cado una intentará obtener rédito político al interior de la sociedad palestina y mostrarse como alternativa al liderazgo fallido de la Autoridad Palestina. En el caso de Fatah, se tratará probablemente de reparar el daño provocado por un revés más de la estrategia diplomática y la adopción de un discurso más duro ante la unilateralidad israelí, que haga respuesta a los críticos que ven a la Autoridad Palestina como mera administradora de la ocupación.

Conclusión

Aunque no haya generado apoyo unánime al interior de la sociedad israelí, queda claro que el plan impone condiciones muy por debajo de las exigencias mínimas de hace años por el liderazgo palestino e invariablemente estaba destinado desde su concepción a ser rechazado por los palestinos. En contraposición a buena parte de la cobertura mediática del acuerdo y las críticas de los demócratas en Estados Unidos, sería un error considerar que el plan es una innovación total para Israel. Esto puede ser cierto desde la mirada del rol estadounidense (en tanto representa un significativo alejamiento del rol público de “árbitro imparcial” que Washington presume asumir desde hace décadas) pero, desde la mirada israelí, es de hecho un avance hacia la realización de propuestas que circulan en el debate público desde el fin de la guerra de 1967. Habiendo desgastado el ciclo histórico inaugurado por los Acuerdos de Oslo, que apuntó a generar condiciones propicias para crear una autonomía palestina restringida y supeditada a Israel bajo la promesa de un futuro Estado palestino, este nuevo plan reemplaza las expectativas consideradas “legítimas” por los palestinos en nombre de una paz realista. En otras palabras, el plan elaborado por Jared Kushner exhorta a los palestinos a reconocer, sencillamente, que los hechos han cambiado y que aquello que alguna vez abrigaban como resolución final al conflicto simplemente ha sido dejado fuera de la mesa. Sin hacer mención a las responsabilidades políticas de esa transformación durante las últimas casi tres décadas (por ejemplo, a la intencionalidad política detrás del apoyo a la expansión de los asentamientos por parte de sucesivos gobiernos israelíes a la izquierda y derecha del mapa político) el plan propone que los palestinos reconozcan la asimetría de poder, propiciada por el contexto regional e internacional, y tomen lo poco que les queda como posibilidad, bajo el riesgo de perderlo todo si no lo aceptan. La brecha enorme entre lo formulado en el plan y las expectativas abrigadas incluso por los sectores palestinos más dialoguistas hacen que para Abbas y sus colaboradores sea imposible aceptar el plan sin perder todo resto de legitimidad que les queda. Al negarse, en Ramallah tan sólo pueden reforzar la narrativa sostenida hace décadas por Israel, y plasmada en el texto del

acuerdo, según la cual los palestinos son negadores seriales de iniciativas sinceras de paz y, en la práctica, todavía no pueden ser confiados para aceptar la existencia de Israel y ejercer soberanía. En última instancia, esa es la principal puerta de acceso con la que cuenta Israel para la toma de decisiones unilaterales.

Bibliografía

- Bar'el, Z. (2020). Trump's Plan Embraces the Jewish Biblical Narrative. History Is Only Getting in the Way. *Haaretz*, 01/02/2020.
- Anziska, S. (2017). Autonomy as State Prevention: The Palestinian Question after Camp David, 1979-1982. *Humanity: an International Journal of Human Rights, Humanitarianism and Development*, 8(2) (verano de 2017), 287-310.
- Casa Blanca (2020). Paz a la prosperidad: una vision para mejorar las vidas de los pueblos israeli y palestino.
- Commanders for Israel's Security (2020). Ramifications of West Bank Annexation: Security and Beyond. Israel's Policy Forum.
- Gorenberg, G. (2006). *The Accidental Empire: Israel and the Birth of the Settlements, 1967-1977*. Nueva York: Holt.
- Hazan, R. (1999). Religion and Politics in Israel: The Rise and Fall of the Consortial Model. *Israel Affairs*, 6(2), pp. 109-137.
- Kelman, H. (2007). The Israeli-Palestinian peace process and its vicissitudes: insights from attitude theory. *American Psychologist*, 63(4), pp. 287-303.
- Sandler, S. (1993). *The State of Israel, the Land of Israel: the Statist and Ethnonational Dimensions of Foreign Policy*. Westport: Greenwood Press.
- Shavit, A. (2006). The general: An Israeli journalist's six years of conversation with Ariel Sharon. *The New Yorker*, 23/01/2006, pp. 52-63.
- Yaniv, A. (1990). Israel's National Security in the 1980s: The Crisis of Overload. En G.S. Mahler (ed.). *Israel after Begin* (pp. 93-110). Albany: SUNY Press.